

hermano, de hermana y de madre, no tenía protectores ni amigos.

Madama Darboys había hecho esta *ejecución* por complacer á su hija querida; á este precio había comprado la paz, porque Angela estaba disgustada y silenciosa desde hacía algunos días.

Germana se dió por advertida, y evitó todas las ocasiones que Leopoldo la ofrecía de hablar y de discutir; y al fin éste se dijo:

—Germana sería muy amable si ella quisiera, pero es mudable y fantástica como la luna.

XII

Un juez de paz

A contar de aquel momento, Germana se encerró más y más en esta vida interior de la que conocía los goces melancólicos. En su cuarto encerró el universo: allí encontraba su pequeño oratorio, sus libros, sus lápices, su aguja, todo lo que podía dulcificar sus tristezas y abreviar el curso de las horas.

Informábase lo menos posible de las revoluciones domésticas que la afligían, pero sobre las que no ejercía ninguna influencia. Leía con frecuencia *La Imitación*, que da tan suaves consuelos á las almas solitarias, y tan dulces consejos á los que tienen que sufrir con el carácter ajeno, y aun le estaban reservadas otras distracciones. La señorita Honorina venía á verla con frecuencia por la mañana, y la traía siempre un hermoso ramillete, cogido en la Roca-Corbon.

Por la noche madama de Emmeryn, iba con su labor, y mientras Susana y los jóvenes esposos iban al teatro ó á alguna reunión ó concierto, se instalaba cerca de la chimenea de Germana, y ésta, que no tenía ya ningún motivo para disfrazar los encantos de su carácter y de su corazón á la amable señora, que buscaba su amistad, hablaba con ella con la más grata confianza, y á pesar de la edad que las separaba, se habían enlazado con una verdadera y dulce amistad.

La señorita Honorina había contribuido un poco á esta afección; ella también se había hecho muy amiga de madama de Emmeryn, y como la boca habla siempre de lo que ocupa el corazón, la hablaba de Germana, y poco á poco la había revelado lo que la joven había ocultado siempre: el secreto íntimo de sus virtudes y de sus penas.

Estas confidencias entristecían á madama de Emmeryn: ya su experiencia de mujer de mundo la había iluminado acerca del carác-

ter de Angela, y veía hasta el fondo de esta alma egoísta y ligera: había adivinado por una intuición de madre, los celos maternos de madama Darboys, y había asistido á algunas pequeñas escenas de interior, en las que el dolor imperioso, por una parte, y el desdén por la otra, la habían hecho temblar por la felicidad de su hijo.

—¡Ha pasado al lado de la dicha!—decía suspirando.—¡Ah, si yo hubiera conocido mejor á Germana le hubiera obligado á ser dichoso!

Estas ideas la preocupaban con frecuencia y hablaba discretamente del porvenir de Germana con mademoiselle Honorina.

—Mi hermano y yo quisiéramos verla casada,—decía la vieja señorita, dominada por su idea favorita.—Mas parece que esto no agrada á madama Darboys, porque no cesa de repetir á quien quiere oírlo, que Germana no tiene vocación por el matrimonio.

—¿Y es eso verdad?

—Mi querida amiga, Germana es demasiado delicada y demasiado noble para soñar novelas de amor, y si no se casa, tomará su partido, como he hecho yo y tantas otras; pero nunca me ha dicho que tenga resuelto ser célibe. ¿Y qué es lo que la puede hacer desear el permanecer soltera? ¿De qué dichas disfruta? ¿Quién la manifiesta afecto? Su madre sólo vé á Angela, y sólo en Angela piensa; la ama hasta el punto de estar celosa, y pasa su vida en quejarse de esta niña, y en adorarla... ¿Y qué hace en tanto

Germana? ¡Vive absolutamente sola! Félix y yo somos demasiado viejos para recibir gentes, para hacer relaciones que nos permitiesen elegirla un buen marido. Pero confieso que me causa mucha pena el verla soltera, á ella que sería tan buena esposa, tan tierna madre.

—¡Germana se casaría!—murmuró pensativa madama de Emmeryn;—¡bueno es saberlo!

Después de esta conversación la madre de Leopoldo tuvo frecuentes y misteriosas conferencias con mademoiselle Honorina y con Mr. Félix, hasta que una noche, sabiendo que Angela, su madre y Leopoldo habían ido á un baile, fue á ver á Germana.

—Está visto que cuando todos van á divertirse, vos os quedáis en casa, querida mía,—la dijo.

—Como Cendrillon,—repuso sonriendo Germana;—y ya veis, señora, que como ella, también tengo bellas visitas. No me gustan los bailes, como ya os he dicho.

—Y os doy por ello la enhorabuena. ¡Vamos! vedme aquí establecida en el sillón que tenéis la bondad de llamar *mío*: el fuego está como á mi me agrada, las cortinas están corridas: ¿no os parece que esta es la hora de las confidencias?

—Si tuviera yo que hacer alguna, no pudiera elegir mejor instante.

—¿Y si tuviera que hacerlas yo?

—Las escucharía con mucho gusto, querida señora.

—Pues bien, mi querida Germana, ya sabéis el afecto que os tengo, ¿no es verdad? El título de amiga no me basta, y quisiera acercaros á mi por los lazos de la familia... quisiera llamaros, por ejemplo, mi sobrina, y he encontrado el medio... ¿consentiréis en ello?

Germana se ruborizó, y respondió balbuceando:

—No sé si os comprendo, señora...

—Hablemos seriamente, hija mía; lo mismo que vuestra tía Honorina, deseo veros casada, y he pensado en un joven muy digno, próximo pariente mío, pues es hijo de mi prima hermana; mi deseo más vivo es haceros mi sobrina, él os ha visto y desea lo mismo que yo. Vos le conocéis también; ¿os acordáis de Armando Legléve, que era vuestro vecino de mesa en mi casa, hace unos quince días?

—Sí, señora.

—No se puede decir que sea un hombre de una elegancia refinada, ni se puede llamar un muñeco del gran mundo; pero yo respondo de su corazón; posee un espíritu sólido y juicioso, una instrucción profunda; sus maneras, como habréis podido juzgar, son sencillas y corteses; es un cristiano práctico, y tiene el alma más afectuosa y más llena de abnegación de cuantas conozco. Con él seréis dichosa y estimada, mi querida Germana. Hablemos ahora de su posición: es sencilla y sólida como el mismo Armando; es huérfano y posee una fortuna más que

regular, clara y limpia; para empler su tiempo y su inteligencia, es Juez de Paz en una de las residencias campestres de nuestra Turana; pasa su vida en hacer bien y en estudiar la agricultura del país, y aún más, la floricultura, porque es apasionado por la botánica. Ya lo véis, mi sobrino es una mezcla de Magistrado y de sábio, que promete á una mujer la vida más tranquila y la más honrosa; además, todas las prendas de su carácter convienen con el vuestro, y creo, mi querida niña, que este esposo reemplazaría á Valentina cerca de vos; ¿qué pensáis de lo que os digo?

Germana había escuchado con una atención profunda; cuando la madre de Leopoldo dejó de hablar, levantó sus dulces ojos y dijo:

—Monsieur Legléve ha elegido buen embajador.

—¡Ah, mi querida sobrina! mi querida hija,—exclamó madama de Emmeryn abrazándola repetidas veces,—decidme que consentís.

—Hablad á mi madre, querida señora; por mí, seré feliz con la suerte que me destináis.

—Mañana mismo hablaré á Susana; vuestro tío Félix está ya prevenido. Conoce á Armando y le quiere mucho, ¿pero vos os resignaréis á vivir en el campo, querida Germana? Sois joven, sois bonita, y debíais esperar compensaciones después de casada, por la soledad en que os han tenido hasta hoy.

—Me agrada la vida del campo más que todas las diversiones, mi querida y buena amiga.

—¡Oh, qué feliz será Armando!—exclamó madama de Emmeryn,—y vos también, querida mía, ¡os lo prometo en su nombre! ¡Dios mío! ¡qué dicha ha perdido mi pobre Leopoldo!

Detúvose la palabra en los labios de madama de Emmeryn y llevó el pañuelo á los ojos; la pobre madre sentía celos por una felicidad que se anunciaba tan pura y que no había podido dar á su hijo querido.

Madama Darboys, sorprendida, no halló de improvisó ninguna objeción que hacer; dijo, sin embargo, que era necesario consultar á Germana, y cuando ésta hubo dado su aquiescencia con su modestia acostumbrada, la casa fue abierta para monsieur Armando Legléve, al que presentó el tío Félix, que no cabía en sí de gozo.

Madama de Emmeryn no se había engañado. Muy pronto reconoció Germana en este hombre un poco tímido, el alma y el carácter que le convenían y que podían reemplazar la más cara afección de su vida; la de Valentina; dividido con él, el camino de la existencia le parecía seguro y fácil.

Monsieur Legléve poseía esa dulzura, esa bondad que dan tanto encanto á la existencia entre dos; la lealtad que tranquiliza y la nobleza de corazón, que hacen á la mujer estar orgullosa de su esposo.

Este hombre comprendía á Germana y la

amaba; ella le amó á su vez, y durante los seis meses que pasaron hasta su matrimonio, la joven olvidó el pasado y sus pesares, y no echaba de menos en las perspectivas rientes del porvenir más que dos figuras: ¡su padre y Valentina.

XIII

Días hermosos

El día del casamiento llegó por fin.

Germana, conmovida, y un poco pálida, abrochaba con mano trémula los corchetes de su traje blanco de seda, cuyo corte elegante hacía resaltar la gracia de su flexible talle.

En su rubia cabellera estaba ya prendido el ramo simbólico de azahar; su madre arreglaba los pliegues del velo que debía completar su traje nupcial.

Angela, siempre encantadora, y vestida con un traje de gran riqueza y exquisito gusto, prestaba poca atención á su hermana; de pie, delante de la chimenea, miraba con